

Tomás Sánchez Santiago



Mercado de Abastos. Almanaque desconcertado (1)

Aquella mañana en el mercado, qué lluviosa. Aún no la he olvidado. Y mi madre, joven y alegre; iba siempre con mi madre allí. Hacer la plaza, así se decía:

Voy a hacer la plaza

De su mano es que se iba el peligro. El horrible ajetreo: hombres cargados con muertos animales chorreantes, baile de mandiles de hule sangriento, voces de piedra, palabras excesivas estrelladas contra la ofuscación. Bombillas como lágrimas fallidas temblando sobre las carnicerías. El fulgor del carámbano en los ojos espantados del pescado. Ceremoniales de la evisceración. Y aquel techo; sobre todo, aquel techo con tirantes de hierro que daban frío y nunca se venían del todo encima.

En la gran báscula roja alguien pesaba siempre muñones y cabezas y sacas con sustancias áridas (gramos, onzas, balanzas, números... mi infancia, qué poblada por la liturgia comercial de las ponderaciones).

Mil novecientos sesenta y dos. Esa vez fue así también.
Sólo que yo iba agarrado al asa de una bolsa, la bolsa
de rafia de mi madre. ¿Qué me podría pasar, entonces,
aunque yo estuviese tan cerca del cemento del suelo,
de los charcos grasientos que devolvían al mundo
una claridad impertinente?
Pero, de pronto, aquella voz distinta, inesperada:

Niño, suéltame, que yo no soy tu madre

Me había equivocado de asa, de bolsa, de madre.
Me quedé quieto bajo el peso de aquel mercado sin alma.
Una llamada, un nombre empezó a estirarse en mis labios
indefensos. ¡Lo que duró aquel descenso, aquella perdición
entre lo innumerable hasta que, de improvviso, oí su voz!

Estaba aquí, hijo, te confundiste de bolsa

Me confundí de madre. Entre una bolsa y otra bolsa,
supe para siempre lo que era caer en las aguas heladas
del desamparo. Unos segundos, unos cuantos segundos,
nada más. De bolsa a bolsa. Pero fue suficiente. No pude
soportar a solas el aullido del mundo.

Nunca he podido olvidarlo.

Primera vez sin madre.

Así empezó todo.

